

Ángel Gustavo Infante

Narrar entre el margen y la academia

Entre sus obras:

Cerrícolas (1987 y 1991), *Joselolo* (1987), *Yo soy la rumba* (1992), *Poética del cuento* (1993).



Poética de su escritura

Ángel Gustavo Infante comenzó una temprana relación con los libros, desafiando el contexto de una familia con poca tradición ilustrada. Era ávido lector y esto fue el detonante que lo llevó a la literatura.

El autor reconoce dos momentos en su trayectoria. El primero, marcado por sus trabajos narrativos *Cerrícolas* (1987, 1991), y *Yo soy la rumba* (1992). “Y si en ellos se puede establecer una especie de poética, es la poética del margen, como se le dice ahora. De las voces del margen, de la periferia de la ciudad. Del interés por relatar todo lo que ocurre en un entorno que me tocó vivir muy de cerca. Sin proponer soluciones, sin moralejas, simplemente presentando situaciones, partiendo de la realidad”.

El segundo momento en su carrera obedece a otro modo de vida, el de un autor que él mismo va describiendo: “de otra edad, que le agradece mucho a la academia, y que conoce los límites que ésta le puede poner a un creador. Un autor que establece un equilibrio, justamente para poder sobrevivir en esas dos fuerzas: la del conocimiento y la del desconocimiento, por decirlo de algún modo, que viene desde la creación literaria”.

Infante llegó a un punto importante en su carrera con *Joselolo*, un cuento extraído de esas historias marginales, y siente que con él se agotaron de alguna manera sus propuestas. “No significa que haya agotado la temática ni los recursos estéticos en relación con el tema, pero en un proceso perso-

nal sí —admite— a partir de ahí sólo podrían repetirme... en mi proceso personal, hasta ahí me trajo el río”.

Partiendo de la realidad, y aunque narrando desde otra perspectiva y en otros tiempos, ahora dedicado más al mundo académico, el autor sigue haciendo trabajo narrativo. Está escribiendo un libro de cuentos con rasgos autobiográficos, que toman luego la dirección de la ficción —explica—y está centrado en las relaciones amorosas, específicamente las de la pasión.

Influencias

Aunque no sigue a un autor en particular, Ángel Gustavo Infante lee y se queda con un poco de todo lo que le interesa. Desde el autor —dice— hay una lectura de placer: novelas, cuentos, poemas, ensayos... “Y en la otra disciplina, como investigador y profesor de literatura tengo que hacer otro tipo de lecturas más sistemáticas”.

En ambos casos, la lectura es siempre un estímulo para escribir. “Al comienzo, como ejercicio, a veces uno trata de copiar a algunos autores, y eso marca los textos. A la larga se ve la influencia. Luego uno va avanzando, comienza a caminar solo y es difícil determinar con exactitud qué voces se quedaron ahí”.

La narrativa venezolana contemporánea

Desde su perspectiva, la narrativa venezolana está pasando por un proceso notable. “El siglo XX ha sido importante, sobre todo la segunda mitad. Con las bases de la primera mitad, con la licencia que se les dio a algunos autores posteriormente, de descomponer los textos literarios, de intervenirlos, de ser más informales. Esa licencia que da Uslar, que da Pocaterra en la primera mitad del siglo XX, que la toma a mediados del siglo Guillermo Meneses, por ejemplo, con un cuento como “La mano junto al muro” que divide en dos el modo de entender y de hacer cuentos en Venezuela”.

Esos antecedentes sirven para marcar la narrativa posterior, pues de ahí surgirían autores ampliamente conocidos, consagrados por la crítica y algunos también leídos en el exterior, pese a las dificultades de proyección, según comenta Infante. En su memoria y su análisis van sumándose nombres y géneros para describir esta etapa, en el contexto de los años 70: los cuentos de Salvador Garmendia y Ednodio Quintero; la línea fantástica, poco cultivada en Venezuela, de Armando José Sequera y Gabriel Jiménez Emán.

Aunque es cuestionada la división por generaciones, respeta los estudios que Luis Barrera Linares ha hecho en este sentido, y donde se

describe en los años 80, una apertura a distintas líneas de trabajo, desarrolladas por escritores como Orlando Chirinos o Eduardo Liendo. En esta época destaca el trabajo de mujeres como Ana Teresa Torres, Milagros Socorro, Stefania Mosca, entre otras, y luego reconoce a Wilfredo Machado y se ubica él mismo entre aquellos que en este periodo trabajaron la línea de la marginalidad, remozada, transfigurada.

En los años 90, vio surgir autores que “partieron con buen pié, pero luego han venido debilitándose”. El narrador expresa su preocupación personal por el proceso en la construcción de un libro. Considera que los textos hay que dejarlos reposar, cuidar la escritura, celarlos. En términos generales (salvo excepciones) encuentra a algunos de los narradores de esta última época debilitándose ante la urgencia por publicar.

Su evaluación general se resume con estas palabras: “creo que sí hay bastante material. Creo que es rica la literatura venezolana contemporánea, la narrativa y la poesía aun más. Pero falta proyección por una serie de factores que no terminaríamos de numerar”.

Narrar en estos tiempos

Hablando de un nuevo siglo, Ángel Gustavo Infante es de los escritores que no encuentra necesariamente un corte vertical entre dos épocas, sino un proceso, que se vive de acuerdo a la velocidad con que van incorporándose ciertos cambios. “Lo que pasa es que nosotros estamos asistiendo a cambios, por lo menos desde hace 20 ó 25 años: la incorporación de elementos tecnológicos que no teníamos ha sido muy rápida. Quizá ahí ya había comenzado el siglo XXI”.

En su perspectiva, la entrada de las computadoras y recursos como Internet o el correo electrónico, sí han establecido de cierto modo una marca en la época que vivimos. “Uno hace 20 años apenas y conocía una computadora. No se escribían novelas usando este recurso. De alguna manera eso representa necesariamente un cambio en la factura del texto literario y el discurso”.

Qué hacer por la paz

Un escritor podría aportar algo a la conciencia social, podría repercutir en las acciones humanas, pero en opinión de Ángel Gustavo Infante “en primer lugar hay que saber si se es leído, y eso nunca lo sabemos los narradores venezolanos”. En el caso de que hubiera una certeza de que existe gran audiencia, entonces sí “necesariamente se tendría que proyectar el discurso hacia otras propuestas, por la paz, por el rescate de ciertos valores, o propuestas de impacto social”.

Del supuesto, la reflexión pasa al escenario real: “Lo bueno y lo malo de todo esto es que como no tenemos una gran audiencia, tenemos mucha libertad. A lo mejor entre líneas en nuestros textos hay muchos mensajes implícitos, para la sociedad. Pero eso se puede inferir quizá en una lectura con alguna otra persona, con un tercero. El autor mismo es difícil que determine esas cosas”.

El otro extremo en los propósitos de un autor, considera Infante, es que no hubiera interés en plantear soluciones: “tal vez somos más violentos y no creemos en grandes proyectos de la humanidad. Ni siquiera en los proyectos nacionales”.

En todo caso, algo del interior del escritor, como ser humano, se queda en sus obras: “Si partimos de la idea de que escribimos por carencias, porque algo nos falta, a lo mejor eso que nos falta es lo que planteamos o lo que necesitamos. También, por supuesto, escribimos cuando algo nos duele, nos afecta, y esa afección se convierte en el texto, en la solicitud de algo para complacerla. Y lo que aquello representa a nivel particular, tal vez se proyecta en colectivo”.